

Boletín especial de

Medio Ambiente

1. parte

***'Vivir bien con menos: Ajustarse a los
límites físicos con criterios de justicia'***

En el último boletín de enero expusimos las futuras líneas de trabajo del área de medio ambiente que se en el XIII. Congreso de ELA se explicaron. De ellas la más importante fue la necesaria transición ecológica y social de la economía. Este boletín especial es para mostrar el trabajo realizado en esa línea. Esta primera parte detalla la necesidad del cambio y las características que debe tener esa transición:

'Vivir bien con menos: Ajustarse a los límites físicos con criterios de justicia'

1. LA CRISIS GLOBAL

Hasta la llegada de la Revolución Industrial los hombres y las mujeres vivieron de los recursos disponibles y de los materiales que encontraban en su entorno más próximo. Pero las personas se alejaron del funcionamiento de la naturaleza al comenzar a utilizar la energía de origen fósil para acelerar las extracciones y las producciones. Los combustibles fósiles permitieron abastecer máquinas, con las que se podían extraer minerales y más combustible para alimentar nuevas máquinas, comenzando así una espiral de crecimiento que ha configurado la actual civilización.

La crisis ecológica

El sistema económico hegemónico y las personas que vivimos en ella aún permanecemos de espaldas a este hecho. La actual crisis ecológica se refleja en una gran cantidad de fenómenos interrelacionados. El efecto más divulgado es el cambio climático. Las emisiones a la atmósfera ha crecido enormemente debido a la quema de combustibles fósiles, a determinadas actividades industriales y a la intensa deforestación. Pero una reducción significativa de emisiones significa un cambio importante en los modos de producción, consumo, comercio y movilidad, sobre todo en las zonas más ricas del planeta.

En cuanto al agotamiento de los recursos naturales nos encontramos ante el *"pico del petróleo"*. Ante este horizonte de declive incluso las empresas petroleras empiezan a sopesar y poner en marcha fuentes de energía alternativas que permitan mantener el creciente consumo de energía, recurriendo por ejemplo a la energía solar, la eólica o a la biomasa. El petróleo barato ha servido para mover máquinas e impulsar vehículos de automoción, para producir electricidad. Ha permitido que las personas puedan trabajar a decenas de kilómetros de su lugar de residencia y que se alimenten a

diario con productos baratos cultivados a gran distancia. El petróleo es imprescindible en la agricultura intensiva y en la producción de insumos agrícolas, lo es también en la fabricación de ropas, casas, muebles, carreteras, envases... Vivimos en un mundo construido con petróleo y su agotamiento, inevitablemente obliga a replantearse todo el modelo de vida.

Otros recursos naturales se están consumiendo también a gran velocidad. Por lo que ya ha comenzado a manifestarse la progresiva escasez de otros recursos como el agua dulce, los bosques, la pesca, los suelos fértiles, la fauna salvaje o los arrecifes de coral.

El panorama de cambio global se completa si añadimos el aumento de incertidumbre que suponen la proliferación de la industria nuclear, la liberación de organismos genéticamente modificados cuyos efectos son imprevisibles o la experimentación en biotecnología y nanotecnología cuyas consecuencias se desconocen.

La crisis social

El sistema económico basado en el crecimiento continuado se ha mostrado

incapaz de satisfacer las necesidades vitales de la mayoría de la población. El mundo se encuentra polarizado entre un Norte rico y consumista y un Sur empobrecido y con dificultades de acceso a los recursos básicos. La sexta parte de la población mundial, principalmente ubicada en los países enriquecidos, consume el 80% de los recursos disponibles, mientras que los 5/6 restantes utilizan el 20% restante de los recursos.

El deterioro de los territorios que han habitado una buena parte de los pueblos del Sur durante miles de años, y de sus condiciones básicas de existencia, ha expulsado a las personas, obligando a unos movimientos migratorios sin precedentes. Existen bolsas crecientes de pobreza, millones de personas se encuentran paradas y muchas otras no tienen hogar.

Esta situación de desigualdad se ha agravado con la actual crisis económico-financiera. Las políticas de ajuste puestas en marcha son en realidad una transferencia de riqueza de las personas hacia los grandes capitales. El paro, la precariedad, los recortes sociales y la aniquilación de los servicios públicos dejan a las personas en una situación de vulnerabilidad.

Las mujeres encargadas en una buena

parte del planeta de las tareas que garantizan la subsistencia, sufren la crisis en mayor medida. Podemos hablar de una auténtica feminización de la pobreza. Tienen más dificultades para acceder a los recursos básicos; las tareas de crianza o cuidados se llevan a cabo con mayor dificultad; sufren en sus cuerpos la violencia de los conflictos bélicos, que en muchos casos esconden luchas por la apropiación de los recursos, y en sus vidas la violencia estructural de la pobreza, la explotación laboral y sexual.

La sociedad del crecimiento crea un bienestar ilusorio. Crecimiento económico se equipara a bienestar y calidad de vida y se mide a través del indicador por excelencia de la riqueza, el Producto Interior Bruto (PIB). Pero los desastres naturales y humanitarios más trágicos de los últimos años han pasado desapercibidos en las cifras del PIB. Un indicador ciego a la destrucción asociada a las guerras, las enfermedades o el incremento de tráfico motorizado.

La crisis de los cuidados

Podríamos definir los trabajos de cuidados como aquéllos destinados a satisfacer las necesidades del grupo, su supervivencia y reproducción que, en el marco de nuestra sociedad, son asumidos de

forma mayoritaria por las mujeres. La crisis de los cuidados es una dimensión importantísima de la crisis social.

La crisis de los cuidados es el resultado de la confluencia de un conjunto de factores entre los que destaca el acceso de las mujeres al empleo remunerado dentro de un sistema patriarcal. El trabajo doméstico ha pasado a verse como una atadura del pasado de la que hay que huir lo más rápidamente posible. Sin embargo no es un trabajo que pueda dejar de hacerse y el paso de las mujeres al mundo público del empleo no se ha visto acompañado por un reparto de los trabajos de cuidados con los varones. La mayor parte de los hombres no se hacen responsables de estas tareas, las mujeres acaban asumiendo dobles jornadas.

Además la precarización laboral y la amenaza del paro obligan a plegarse a los ritmos y horarios que impone la empresa. La pérdida de redes sociales de apoyo mutuo fuerza a resolver los asuntos cotidianos de una forma mucho más individualizada con las dificultades añadidas que eso supone. La crisis del sistema de cuidados se hace especialmente grave ante el progresivo desmantelamiento y privatización de los servicios sociales que trataban de paliar

algunos de estos problemas.

Los intentos de responder a esta situación han sido variados. En los hogares se reorganiza la atención a las necesidades de las personas, generalmente sin la participación de los hombres. Aquellas mujeres que por su condición de clase pueden pagar parte de los trabajos de cuidados que demanda su núcleo familiar, compran en el mercado servicios domésticos, mientras que otras mujeres, también en función de su situación económica, venden su fuerza de trabajo para realizarlos, frecuentemente en condiciones de fuerte precariedad y ausencia de derechos sociales. Es especialmente notorio el papel que juegan las mujeres migrantes en los trabajos de cuidados.

2. NADA PUEDE CRECER INDEFINIDAMENTE EN UN PLANETA CON LÍMITES

El planeta cuenta con una cantidad finita de materiales y por tanto la extracción y uso de los mismos no puede ser ilimitada. Los sumideros que degradan los desechos y residuos que genera cualquier actividad, también presentan límites. Los renovables no están limitados en cantidad si el uso es prudente y respeta sus ritmos de regeneración.

El ineludible hecho de que el sistema económico se encuentre dentro del sistema de la biosfera, de que requiera materiales y energía, así como emitir residuos, implica que no pueda plantearse en términos de crecimiento ilimitado. Al ritmo de crecimiento actual, se necesitarían el equivalente a dos planetas para el año 2030.

Cada vez necesitamos más flujos de energía y materiales para mantener el ritmo de producción y consumo de las sociedades del exceso y despilfarro, invadidos por objetos superfluos en su mayoría. Nuestro modelo económico ha sido capaz de generar un enorme desarrollo industrial y abundancia de mercancías, pero lo ha hecho a costa de poner en peligro el futuro de la humanidad y de generar situaciones de miseria en gran parte del planeta.

Parece, pues, que la lógica que se esconde detrás del crecimiento monetario como objetivo principal es incapaz de satisfacer las necesidades vitales de la mayoría de la población, deteriora de forma irreversible la naturaleza, agota y destruye los recursos naturales, genera violencia e inseguridad, dificulta las relaciones comunitarias, destruye los saberes tradicionales más sostenibles, provoca la

quiebra del sistema de cuidados que posibilita la reproducción social y construye un concepto de riqueza y de bienestar ajeno a todo lo que no sea acumular dinero. Mientras no salgamos del paradigma económico que hace del fundamentalismo del crecimiento su centro, economía, sostenibilidad y equidad seguirán siendo incompatibles. La humanidad va a tener que adaptarse en cualquier caso a vivir extrayendo menos de la Tierra y generando menos residuos. Esta adaptación puede producirse por la vía de la pelea feroz por el uso de los recursos decrecientes o mediante un proceso de reajuste decidido y anticipado con criterios de equidad.

3. LIBRARNOS DEL CRECIMIENTO: MENOS PARA VIVIR MEJOR

Nos encontramos ante una trampa: si nuestro sistema económico crece arrasa los sistemas naturales, genera unas enormes desigualdades sociales y pone en riesgo el futuro de los seres humanos, pero si no crece, se desvertebra la sociedad con una enorme conflictividad social y un gran sufrimiento por parte de los sectores más desfavorecidos.

Vivir bien con mucho menos: principio de suficiencia

En una economía circunscrita a los

límites del planeta, la energía fósil deberá tender a desaparecer. Si descartamos por sus riesgos, sus costes y por estar basada en un recurso no renovable la energía nuclear, sólo nos quedan las energías renovables, es decir: la solar, la eólica y, en una pequeña parte la biomasa e hidráulica. Esto dos últimos recursos, debiendo ser compartidos con otros usos distintos a la producción de energía como es la alimentación, necesariamente tienen que ser utilizados a escala limitada.

Las renovables limpias son la verdadera fuente de energía del futuro, pero con estilos de vida mucho más sencillos. No dan para una movilidad masiva en coche, para vacaciones anuales en otro continente, o para tener segundas residencias que se ocupan 50 días al año. La reducción de la extracción es necesaria también para bienes renovables, como el agua, que ya son escasos.

Paradójicamente, se sigue animando desesperadamente a consumir de una forma exagerada. Más bien nos encontramos encadenados a la obligación de consumir lo que sea para que no se desplome un modelo económico extremadamente irracional. No se trata de que la oferta responda a los deseos de las personas, sino de saber cuánto es razonable consumir y gestionar la demanda

para que se corresponda con lo que es físicamente posible.

Una producción ligada al mantenimiento de la vida y no a su destrucción

Al reducir la consideración de valor a lo monetario, muchas cosas quedan ocultas a los ojos del sistema económico. Esta forma de razonar sitúa el objetivo de la economía en incrementar las producciones sin que importe la naturaleza de las mismas, celebrándose el crecimiento de actividades que son a todas luces dañinas para el conjunto de las personas y el medio ambiente, e invisibilizando los tiempos de trabajo necesarios para la reproducción social.

Para que la producción pueda estar asociada al mantenimiento de las condiciones de vida, es necesario volver a algunas preguntas básicas que plantea la economía feminista. ¿Cuáles son las necesidades que hay que satisfacer? ¿Que es lo que hay que producir para satisfacerlas de forma equitativa? Desde el punto de vista de la sostenibilidad, la economía debe ser el proceso de satisfacción de las necesidades que permiten el mantenimiento de la vida para todas las personas. Este objetivo no puede compartir la prioridad con el lucro. El beneficio no se puede conciliar con el

desarrollo humano.

Un cambio radical en el modelo de trabajo

Una vez conocidas las necesidades que hay que satisfacer y qué hay que producir para hacerlo, la siguiente cuestión es determinar cuáles son los trabajos socialmente necesarios para esta producción. Ajustarse a los límites del planeta requiere reducir y reconvertir aquellos sectores de actividad que nos abocan al deterioro e impulsar aquellos otros que son compatibles y necesarios para la conservación de los ecosistemas y la reproducción social.

El gran escollo que se suele plantear al hablar de transición hacia un estilo de vida mucho más austero es el del empleo. Históricamente, la destrucción de empleo ha venido en los momentos de recesión económica. Es evidente que un frenazo en el modelo económico actual termina desembocando en el despido de trabajadores y trabajadoras. Sin embargo, algunas actividades deben decrecer y el mantenimiento de los puestos de trabajo no puede ser el único principio a la hora de valorar los cambios necesarios en el tejido productivo. Hay trabajos que no son socialmente deseables, como son la fabricación de armamento, las centrales

nucleares o los empleos que se han creado alrededor de las burbujas financiera e inmobiliaria. Las que sí son necesarias son las personas que desempeñan esos trabajos y por tanto, el progresivo desmantelamiento de determinados sectores tendría que ir acompañado por un plan de reestructuración en un marco de fuertes coberturas sociales públicas que protejan el bienestar de trabajadores y trabajadoras.

Una red pública de calidad de servicios básicos como son la educación, la sanidad, la atención a personas mayores o enfermas requiere personas. Igualmente las tareas de rehabilitación, de reparación, las que giran en torno a las energías renovables o a la agricultura ecológica pueden generar empleo; en general, todas las que tengan que ver con la sostenibilidad, necesitan del esfuerzo humano.

La disminución de la jornada laboral y el reparto de todos los tiempos de trabajo necesario (remunerado y doméstico) podrían permitir articular otra sociedad diferente. Por una parte, parece razonable repartir el trabajo remunerado y disminuir la jornada en un momento en que hay un paro dramático, y además, está todo el que no contabiliza, pero es imprescindible para la vida, que también debe ser repartido.

No es descabellado plantear que las empresas no pueden aspirar a seguir manteniendo o incluso a hacer crecer sus beneficios en medio de esta crisis. Ahora, la disminución de los beneficios repercute directamente sobre los puestos de trabajo asalariados, pero podría repercutir sobre los “bonus” y reparto de dividendos a accionistas o sobre algunos salarios, que muy bien podrían bajar sin poner en peligro la subsistencia de quienes los perciben.

Reconstruyendo lo colectivo, potenciar la cooperación

Para salir de nuestra difícil situación nos enfrentamos a la necesidad de cooperar y articular estrategias colectivas. Si en el espacio del trabajo de cuidados comprobamos que hombres y mujeres asumen responsabilidades muy diferentes,

también es posible encontrar profundas diferencias en el espacio de la economía de mercado. El acceso al empleo y las condiciones laborales de mujeres y hombres difieren en mucho, normalmente en perjuicio de las primeras.

Las modernas sociedades de consumo se caracterizan por el individualismo y el fomento de la competitividad en la vida laboral y social. El consumismo se convierte en un fin en si mismo, pasando a ser el objeto de la vida de las personas, en el que se basa el éxito y el reconocimiento social. Pero existen numerosas alternativas comunitarias que tratan de reinventar lo colectivo: los proyectos de ecoaldeas, las ciudades en transición, los movimientos de campesinos e indígenas por la soberanía alimentaria, los grupos de consumo de productos ecológicos, las monedas locales o los bancos de tiempo. En general aquellas iniciativas que potencian el apoyo mutuo, las relaciones de vecindad y la participación en la toma de decisiones que afectan a la comunidad.

Las consecuencias de un cambio así en términos ecológicos son muy deseables ya que la producción social utiliza cantidades radicalmente menores de materia y energía respecto a la producción material. Se traduce

en niveles elevados de valor y bienestar. Por otro lado, se sustenta en la actividad humana y no es sustituible por la tecnología tal y como ocurre en las industrias tradicionales.

Igualdad y distribución de la riqueza

Tradicionalmente, se defiende que la distribución está supeditada al crecimiento de la producción. Sin embargo, hemos visto que el crecimiento contradice las leyes fundamentales de la naturaleza. Así, el bienestar vuelve a relacionarse con la cuestión esencialmente política de la distribución.

La exploración de propuestas como la renta básica de ciudadanía o los sueldos complementarios se hace urgente. Igualmente sería interesante considerar la posibilidad de establecer una renta máxima. Del mismo modo que existen muchos empleos precarios e insuficientemente remunerados, hay personas que podrían disminuir el salario neto sin que se viesen afectadas sus condiciones de vida.

Cara a limitar la acumulación y reducir desigualdades es fundamental modificar el sistema monetario internacional para establecer regulaciones que limiten la expansión financiera globalizada, regular la dimensión de los bancos, controlar su

actividad, limitar las posibilidades de creación de dinero financiero y dinero bancario y suprimir los paraísos fiscales de modo que no constituyan vías de escape para que los oligarcas sitúen su patrimonio y negocios fuera de las leyes estatales.

Apostar por la redistribución equitativa de la riqueza supone unos servicios públicos fuertes, una fiscalidad progresiva y que la prioridad del gasto público se oriente al bienestar: sanidad, educación, protección y cuidado de la población. En definitiva, se trata de cambiar los criterios que hoy prevalecen por otra racionalidad económica que se

someta a las exigencias sociales y ambientales que permiten el mantenimiento de la vida.

No cabe pensar que el colapso social y ambiental venga en nuestra ayuda. Si no somos capaces de articular movimiento, lo que venga detrás de este capitalismo puede ser aún peor. Los seres humanos evolucionaron gracias a la cooperación y el apoyo mutuo, y seguimos siendo seres humanos que sólo conseguiremos fuerza para imponer cambios a partir de la construcción colectiva.